



“Capítulo I”

p. 31-52

William Davis Robinson

*Memorias de la revolución mexicana. Incluyen un relato de la expedición del general Xavier Mina*

Virginia Guedea (estudio introductorio, edición, traducción y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas/  
Fideicomiso Teixidor

2003

412 p. + LXXIV

Figuras

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 40)

ISBN 970-32-0761-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de junio de 2019

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias-revolucion.htm>

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## MEMORIAS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

### CAPÍTULO I

*Breve relación de la conquista. Decretos humanitarios de Carlos V. Agravios de los americanos. Lealtad que demostraron al recibir las noticias de las dificultades acaecidas en España en 1808. Conducta política que el virrey Iturrigaray propuso se siguiera en esta emergencia. Su deposición por una facción de europeos. Llegada de su sucesor Venegas. Conspiración para derrocar al gobierno español en México. Inicio de la revolución en el pueblo de Dolores, bajo la dirección de Hidalgo. Toma de la ciudad de Guanajuato. Proclamas del virrey y fulminaciones de la Iglesia. Acción de Las Cruces. Conducta de Hidalgo. Batalla de Aculco. Matanza ordenada por Calleja en Guanajuato. Batalla del Puente de Calderón. Captura de Hidalgo. Muerte de ese patriota y de muchos otros oficiales.*

Para dilucidar las causas que, en general, dieron nacimiento a las actuales luchas de la América española contra el despotismo de la vieja España, en particular las de aquella porción de que ahora tratamos, es necesario contemplar su situación de manera retrospectiva a partir de la época de la conquista. Entonces se hará evidente a toda mente imparcial que casi cada hora que ha pasado durante las últimas tres centurias lleva la huella de un proceder constante y sistemático de injusticia y atropello hacia los desgraciados americanos.

Cortés<sup>1</sup> emprendió la conquista de México de acuerdo con el plan que la corona española había trazado a Colón. En este plan se acordaba que los gastos que causaran el descubrimiento y la conquista de cualesquier países desconocidos debían ser cubiertos por los mismos aventureros, quienes en compensación deberían retener el vasallaje de los pueblos a condición de instruirlos en los preceptos de la religión cristiana. El dominio de todos aquellos países que fueran descubiertos pertenecería a la corona de España, la que por su parte garantizaba (Le-

<sup>1</sup> "Cortez" en la edición de 1820.

yes de las Indias,<sup>2</sup> Ley 1, título 1, libro 3) que “en ninguna circunstancia debían separarse, en todo o en parte, de aquella monarquía”, y el emperador Carlos V se comprometió para siempre, por sí mismo y por sus sucesores, a que “aquellos establecimientos en ninguna circunstancia ni en favor de nadie debían separarse, ya fuera en todo o en parte”, y que “si violando esta estipulación cualquiera de sus sucesores hacía algún regalo o enajenación, ya fuera en todo o en parte, sería nula”.

En seguimiento de estas favorables disposiciones, el 10 de febrero de 1519 Cortés inició, desde la isla de Cuba, la empresa de la conquista. Después de costear y tomar varias veces tierra en Yucatán, desembarcó el 21 de abril en el lugar donde ahora se encuentra el castillo de San Juan de Ulúa y, luego de pasar algunas vicisitudes de fortuna y dar pruebas del valor y la ferocidad de los españoles de aquel entonces, el 8 de noviembre logró colocar las banderas de España en la capital del imperio mexicano.

El jefe de aquel imperio prodigó a Cortés todas las muestras de respeto y hospitalidad, pero pronto tuvo ocasión de sentir los efectos de la arteria y la perfidia españolas. Montezuma fue aprehendido, y Cortés lo tuvo prisionero durante seis meses; finalmente recibió un flechazo mientras intentaba sofocar un tumulto de sus propios súbditos, quienes se hallaban ansiosos de reparar sus agravios y vengar la páfida matanza de sus nobles, acaecida el 13 de mayo de 1520.<sup>3</sup> Este cruel ultraje fue cometido por Alvarado, quien quedó al mando de la ciudad durante la ausencia de Cortés cuando éste marchó hacia Zempoala<sup>4</sup> para atacar a su rival Narváez. Montezuma murió, enloquecido por la humillación y la desesperanza, alrededor del 30 de junio, en el cuartel de los españoles donde Cortés lo había mantenido preso. Este suceso excitó tanto la furia de los mexicanos que a Cortés le fue imposible sostener su posición en la ciudad y consideró conveniente abandonarla y apoyarse en sus aliados, los tlaxcaltecas. Este movimiento se llevó a cabo, con una pérdida terrible, la noche del primero de julio.<sup>5</sup> La amistad de los tlaxcaltecas continuó inalterable a pesar del cambio de fortuna que sufrió Cortés, y le ofrecieron toda la ayuda que necesitara para estar en condiciones de continuar las operaciones contra sus enemigos, los mexicanos. Habiendo aumentado sus fuerzas europeas con los soldados del derrotado Narváez, así como con refuerzos llegados de las Antillas, Cortés regresó a Tezcucó, donde entró el 31 de diciembre. Y el 31 de

<sup>2</sup> “Leyes de las Indias” en español en la edición de 1820.

<sup>3</sup> La matanza en el Templo Mayor ocurrió el 2 de junio.

<sup>4</sup> “Zempoalla” en la edición de 1820.

<sup>5</sup> Moctezuma murió el 29 de junio de 1520, y la salida de Cortés fue la noche del 30 de ese mes.

mayo de 1521<sup>6</sup> puso sitio a la ciudad de México con ochenta y siete hombres de caballería, ochocientos cuarenta y ocho españoles de infantería, dieciocho piezas de artillería, *setenta y cinco mil tlaxcaltecas* y trece navíos pequeños que había construido en el lago.

Bajo el mando de Quauhtemotzin, sucesor del infortunado Montezuma, los mexicanos se defendieron con desesperado valor y, después de una resistencia de setenta y cinco días, durante los cuales tuvieron que luchar contra los estragos del hambre y la enfermedad y contra un enemigo que había aumentado su fuerza a más de doscientos mil hombres, México fue tomado por Cortés el 13 de agosto, aunque no hasta que la mayor parte de aquella hermosa ciudad había sido destruida.

El emperador cayó prisionero al tratar de escapar en una canoa de la furia de los españoles. El sanguinario Cortés coronó las espantosas crueldades que habían manchado todos los pasos de su conquista con la tortura del emperador de manera por demás diabólica. Con miras a extraer del infortunado monarca la confesión del lugar donde se hallaban escondidos sus tesoros, le remojó los pies en aceite y se los quemó después a fuego lento. Cortés, al ver que tal tormento era soportado con firmeza por el noble mexicano, ordenó que se le liberase; pero este monarca, junto con otros dos reyes, fue ahorcado tres años después con el argumento de que intentaba sublevarse.

Los naturales del país continuaron por algún tiempo resistiendo los progresos del conquistador, pero a la larga cayeron vencidos a causa de la inferioridad de sus armas. A esto siguió una devastación a hierro y fuego sin paralelo en la historia. Los inofensivos aborígenes fueron sacrificados sin misericordia ni distinción. Al lector que tenga deseos de examinar con detenimiento los relatos de aquellas crueldades lo remitimos a los historiadores españoles de la época. En ellos encontrará retratada tan sólo una parte de estas sangrientas escenas; suficiente, sin embargo, para cubrir el nombre de español de eterno oprobio.

Luego que Cortés se halló firmemente establecido en el imperio, dio principio el férreo reinado de la tiranía en todas sus amargas y horribles formas, y los indios perecieron a millares bajo el azote de sus bárbaros y crueles capataces.

Las quejas de muchos prelados, en especial las del benemérito y venerable *Las Casas*, contra tales horrores y principios anticristianos llamaron finalmente la atención del emperador Carlos V. Para poner un freno a los desórdenes de los pobladores y para mejorar la condición de los naturales instituyó el famoso tribunal de Indias<sup>7</sup> y nombró oficiales

<sup>6</sup> Fue el 26 de mayo de 1521.

<sup>7</sup> Al parecer, Robinson se refiere al Consejo de Indias.

especiales con el propósito de controlar la conducta de los pobladores. Pero estos jueces y protectores volvieron rápidamente nugatorias todas las instituciones humanitarias del emperador. Como ninguna queja podía llegar a oídos del monarca si no era a través de ellos, pronto controlaron todos los caminos al trono y, llevados por su sed de ganancias, se aliaron a los pobladores en actos de la más flagrante injusticia. Así fue como los males de los mexicanos continuaron sin abatimiento.

Sin embargo, Carlos V perseveró en su empeño de promulgar el código de leyes más saludable y humanitario para el bienestar de las colonias. Al revisar estas leyes, encontramos que en muchas de ellas alienta un espíritu de humanidad y de sensatez política que honraría a la edad más ilustrada. Se decretó que *los descubridores, pobladores y sus descendientes, así como aquellos nacidos en la tierra, debían ser preferidos en primer lugar para los empleos de la Iglesia, el Estado y la judicatura*. En esta importante y sencilla reglamentación se contenía un principio fundamental para promover la prosperidad de los colonos y asegurar sus afectos, y el apartarse de este principio siempre ha sido y será fatal a la soberanía de una metrópoli sobre sus colonias.

También se decretó que *los aborígenes debían ser considerados como hombres libres y vasallos de la corona de España*; las colonias fueron declaradas *parte integrante de la monarquía*, y a tal grado se protegieron los *derechos* de los americanos que ninguna ley promulgada en la madre patria podía ser puesta en vigor a menos que fuese sancionada por el gobierno representativo de las colonias, del que se hallaba investido el Consejo de Indias.<sup>8</sup>

¡Cuán diferente escena de la que ahora nos muestra nos hubiera presentado la América española si estos sabios y justos principios hubieran sido observados fielmente por los sucesores de Carlos V! Pero, ¡ay!, la experiencia ha dado tristes pruebas de que desde hace mucho han sido arrastrados por el viento y que en su lugar se estableció un sistema de política colonial que tiene por objeto perpetuar la ignorancia, la injusticia y el despotismo en el Nuevo Mundo; sistema que ha desembocado en la degradación política, y aun en la abyecta servidumbre, tanto de los criollos como de los indios. Preguntad al español europeo ¿por qué estas saludables leyes jamás se aplicaron desde el mismo día de su promulgación?, y, si es capaz de dar una respuesta imparcial, contestará que tales leyes hubieran puesto un freno a su soberbia y a su avaricia, y le hubieran impedido ejercer una autoridad monstruosa sobre las vidas y propiedades de millones de americanos.

<sup>8</sup> El Consejo de Indias no constituyó un gobierno representativo de las colonias españolas.

Los virreyes, enviados como representantes del rey para poner en vigor las “Leyes de las Indias”<sup>9</sup> y para proteger los intereses de los criollos contra cualquier violación, fueron los primeros y más distinguidos infractores de estas mismas leyes. El vasto océano que los separaba de la madre patria los liberó de cualquier freno. Rodeados de toda la pompa y el esplendor de la realeza, sólo pensaron en ejercer poderes reales y en amasar riquezas por todos los medios posibles para que a su regreso a España, con la ayuda y la poderosa influencia que da el oro, pudieran evitar que llegase al trono cualquier queja de los americanos. A poco, la corrupción se extendió a todos los ramos del gobierno en la vieja España, y así los virreyes, capitanes generales, intendentes y todos los dignatarios de la Iglesia que fueron enviados a América y sus agentes inmediatos, aunados en miras e intereses, formaron una camarilla poderosa. Puesto que constituían el único canal por donde podían transmitirse las quejas de América a la península, resulta obvio que ni un solo agravio entre diez mil de los que ocurrían en las colonias llegó jamás al Consejo de Indias, y mucho menos a los oídos del monarca. Por último, estos tiranos se volvieron tan confiados en el ejercicio de este inicuo sistema que trataron con desprecio y crueldad a todo criollo que osó resistir sus imperiosos mandatos, y de esta manera se estableció un sistema de pasiva obediencia y sufrimiento por parte de los criollos y de los indios como nunca antes había habido; y tal, que ningún colono en ninguna época ni en ningún país había soportado jamás con anterioridad.

Los españoles europeos, que habían adquirido así la autoridad suprema y reunido en sus manos todos los empleos civiles, militares y eclesiásticos, cometieron impunemente las peores enormidades. La justicia se convirtió en servidora del capricho y del interés, y se fomentaron las disensiones entre europeos y criollos. Éstos se vieron despojados de cualquier esperanza de resarcimiento y contemplaron abatidos sus derechos de hombres y sembrados de obstáculos insalvables todos los caminos de las distinciones sociales. De esta manera envilecidos y perseguidos, se engendró el odio que usurpó en sus corazones los lazos de consanguinidad.

Después de la muerte de Carlos V, sus sucesores parecen haberse esforzado por ver cuál de ellos podía pisotear de manera más ultrajante las leyes decretadas durante el reinado de aquel monarca. Los americanos no sólo han sido privados de los privilegios que les conceden dichas leyes sino que incluso los descendientes de los conquistadores han sido despojados de muchos de sus derechos. Hombres sin educación,

<sup>9</sup> “Leyes de las Indias” en español en la edición de 1820.

talento o carácter han sido nombrados para los puestos civiles, militares y eclesiásticos de la mayor responsabilidad, y a últimas fechas la corrupción alcanzó tal nivel que casi todos los puestos en América se vendían a un precio fijo o eran obtenidos por parásitos de la corte.

Durante la famosa, o mejor dicho infame, administración de Godoy, sacrílegamente llamado el Príncipe de la Paz,<sup>10</sup> todos los empleos en América, desde el de virrey hasta el de dependiente más ínfimo de la Aduana, se vendían públicamente, excepto en los pocos casos en que se conferían a servidores del príncipe como precio a sus intrigas o, como se acostumbraba entonces, para recompensar su fidelidad a sus reales amos. Un mayordomo de la casa real fue elevado al gobierno de una provincia americana y ha habido intendentes y jueces de la Real Audiencia, que es el tribunal de justicia más alto en América, que fueron hombres reputados en España tan sólo por sus vicios o por haber sido alcahuetes de los placeres del príncipe y la reina. Bajo individuos como éstos se colocaron las vidas y las propiedades de los españoles americanos. De *ciento sesenta virreyes* que han gobernado en América sólo cuatro han nacido criollos, y aun éstos fueron educados en España desde su infancia y se les nombró para el puesto por circunstancias fortuitas o por sus relaciones de familia en la península.

El gobierno español puso todas las trabas posibles a su mejoramiento al impedir se estableciese un sistema de educación liberal, temeroso de que se introdujese la literatura extranjera y se cultivasen aquellos talentos naturales de los que se encuentran dotados los criollos en tan alto grado, y se preocupó sobre todo de preservarlos del contacto contaminante con extranjeros.

En los colegios se enseña tan sólo latín, filosofía antigua, dogmas teológicos, matemáticas y algunas ramas superficiales del saber. Los elementos de conocimiento general les son negados a los estudiantes, y la gran mayoría de los criollos no conoce nada de historia, si se exceptúa, quizá, la de España. Se han hecho repetidos intentos por establecer escuelas públicas en diferentes partes de México, pero siempre han fracasado por la oposición, abierta o velada, del gobierno español, que no ha vacilado en declarar que *no era conveniente que la instrucción fuese general en América*.

Los elogios que el señor de Humboldt ha tributado a la educación en México fueron calculados para que el lector que desconoce el verdadero estado de aquel país tenga la impresión de que el gobierno ha establecido y propagado un excelente sistema educativo.<sup>11</sup> Ésta no es la única

<sup>10</sup> Manuel Godoy, primer ministro de Carlos IV.

<sup>11</sup> Véase A. de Humboldt, *Ensayo político*, libro segundo, capítulo VII, p. 79-83.

instancia en que el ilustrado viajero y filósofo ha adulado al gobierno español, pero en ocasiones ha compensado este incienso al revelar muchas verdades desagradables. El más superficial de los observadores que haya visitado México debe haberse percatado de la gran falta que hay de instituciones de enseñanza, porque sólo en la capital se encuentran establecimientos de estudio merecedores de tal nombre, y la abyecta ignorancia de la gran masa de la sociedad a través de todo el reino ofrece una lamentable evidencia de la escasez de instituciones de esta naturaleza. De hecho, no existe en ninguna parte del viejo mundo un país despótico que profese el cristianismo donde la educación esté tan limitada y donde la literatura extranjera sea tan poco conocida como en México.

El comercio y la agricultura de los criollos han sentido asimismo la funesta y terrible influencia del despotismo español. El comercio de las colonias está restringido a unos cuantos comerciantes de Cádiz. El mundo civilizado apenas podrá creer los ardidés, exacciones e injusticias de aquellos codiciosos monopolistas. Nuestras limitaciones no nos permiten detallarlos, pero podemos hacer notar que la extorsión ha sido la característica principal de aquel vergonzoso comercio. Los embarques para México se componían de las miserables manufacturas de España o de los imperfectos productos de su agricultura y de algunos géneros extranjeros, tan sobrecargados de impuestos que sólo las clases más ricas de la sociedad podían comprarlos. Para evitar se comerciara a través de cualquier canal que no fuese la vieja España y que los americanos aprovecharan aquellas ventajas que la naturaleza tan pródiga les ha concedido en la fertilidad de su suelo y lo templado de su clima, se imponía a los criollos el consumo de semejantes cargamentos mediante las medidas más arbitrarias e ingeniosas. Para asegurar la venta de vinos y licores españoles se prohibió a los criollos su fabricación; no se permitía plantar olivos; la cría del gusano de seda estaba prohibida, y las vides, aun las que se cultivaban con el fin de proporcionar a los criollos una fruta deleitosa, fueron objeto de los celos de los monopolistas de Cádiz, y el gobierno de España envió orden para que fueran arrancadas de raíz todas las del reino.

El tabaco, artículo de lo más indispensable para el bienestar del español americano, era monopolio de la corona. En México sólo se autoriza su cultivo en el distrito de Orizaba. Al plantador no se le permitía buscar mercado a su producto sino que obligatoriamente tenía que entregarlo a un precio fijo al rey, quien manufacturaba y vendía al menudeo, con lo que obtenía una ganancia enorme. La renta procedente de este monopolio era inmensa y el desventurado que cultivaba esta planta, así como los que la consumían, sufría la mortificación de ver que las

ganancias obtenidas de esta fuente se repartían y despilfarraban entre la multitud de españoles europeos que casi todos los años venían desde España a cubrir los puestos en la administración del tabaco. Cuando ocurría una vacante, fuera por muerte o por otra causa, en vano podía pretenderla un criollo, salvo en muy raros casos, y aun entonces su nombramiento era resultado del cohecho.

Tal es un breve bosquejo de la injusticia y la opresión de las que por tanto tiempo fue una víctima pasiva el criollo de la América española. Numerosos como fueron sus agravios, pueden resumirse diciendo que se vio privado del gozo de sus derechos sociales e incluso naturales, excepto en las ocasiones en que convenía al capricho o interés de un déspota el concedérselos como favores. Ésta era la situación de América cuando comenzaron las luchas en la península.

La noticia de la declaración de la guerra hecha a Francia por la Suprema Junta de Sevilla el 6 de junio de 1808, en lugar de provocar sentimientos de descontento entre los criollos o de abrirles los ojos a la carrera de la ambición, fue recibida por ellos con gran entusiasmo. Fernando fue proclamado rey con todas las demostraciones de alegría y lealtad. Los virreyes recibieron mensajes de felicitación de todos los sectores. Los templos resonaron con las súplicas más fervientes dirigidas a Dios por la liberación del monarca, todas las casas mostraron retratos de su rey favorito y el aire se llenó con los gritos de “¡Viva Fernando VII!”.<sup>12</sup> Se adoptó la unánime resolución de repeler el dominio que los franceses premeditaban establecer y de contribuir con generosos y abundantes recursos a sus hermanos europeos levantados en armas. Un sentimiento universal de ardiente fidelidad prevaleció en las colonias americanas y el pobre criollo parecía haber corrido el velo del olvido sobre todos sus agravios para dedicarse en este trance a la causa de España con toda su alma. Las edades futuras apenas podrán creer que un pueblo tan leal y generoso estaba por experimentar escenas tan desgarradoras que los sangrientos horrores de la conquista palidecerían en su comparación, y que una guerra de exterminio pronto se declarararía en su contra como premio a su generosidad y lealtad.

Después de que tuvieron lugar los sucesos de Bayona, se recibieron en las colonias órdenes de *Murat*<sup>13</sup> y, en el momento mismo en que los criollos juraban fidelidad al monarca cautivo, los europeos se empeñaron con todas sus energías en tomar las medidas más eficaces para sujetar a los americanos a la *obediencia francesa*. Algunos de los virreyes, en forma abierta, hicieron propuestas a los habitantes en nombre del emperador

<sup>12</sup> “¡Viva Fernando VII!” en español en la edición de 1820.

<sup>13</sup> Joaquín Murat, gran duque de Berg, lugarteniente general de Napoleón Bonaparte en España.

Napoleón, y se dispersaron por todo el continente los emisarios del rey José para preparar el camino a la adopción del gobierno francés, *con órdenes de Fernando y del Consejo de Indias para transferir a Francia la fi delidad de América*. Los europeos recibieron a los enviados franceses con los brazos abiertos, mientras que los criollos quemaron públicamente sus proclamas y, al grito de “¡Viva Fernando VII!”,<sup>14</sup> expulsaron a estos intrusos políticos de su suelo. Éstos son hechos públicos y notorios de los que ha quedado constancia y que no pueden ponerse en duda.

Así, los americanos fueron los defensores de su rey mientras que la conducta de los europeos y de sus jefes se vio manchada por la traición más negra.

Al tiempo que los franceses ganaban terreno en la península y España se desgarraba entre facciones opuestas, la defección de los españoles europeos fue tan notoria que en el corto espacio de seis meses produjo un levantamiento simultáneo de los colonos. Sin ponerse de acuerdo, por los mismos motivos y con los mismos fines, los criollos intentaron —y en algunos casos lograron— la deposición de sus perjueros jefes, y al mismo tiempo declararon su determinación de conservar el país para su legítimo monarca.

Apenas se conoció en España este proceder, en vez de verlo como prueba de lealtad, o como un gran acontecimiento político causado por circunstancias imperiosas, fue considerado por la Regencia de Cádiz como una violenta rebelión y se declaró la guerra a Caracas en el mes de agosto de 1810. Pero debemos limitarnos con más particularidad a México.

El virrey de aquel entonces, don José Iturrigaray, al recibir las noticias de la crítica situación en que se hallaba Fernando, viendo con ojos cautelosos las extrañas órdenes del monarca, las del Consejo de Indias y las de Murat, y dándose además cuenta de los peligros locales que amenazaban al reino a causa del odio tan conocido entre criollos y europeos, propuso la reunión de una junta, que debía formarse con representantes de cada provincia, para adoptar un gobierno provisional en el que el pueblo tuviese confianza. Se conoció entonces la pureza de las intenciones de Iturrigaray, reconocida todavía en la actualidad por los criollos ilustrados del país. Su único objeto era salvar al reino de los horrores de la anarquía y de la intriga francesa. Al adoptar estas medidas, el virrey fue apoyado con entusiasmo por el Cabildo,<sup>15</sup> el que en un enérgico memorial señaló que únicamente tales medidas inspirarían confianza. En este escrito se proponía que el virrey permaneciera como

<sup>14</sup> “¡Viva Fernando VII!” en español en la edición de 1820.

<sup>15</sup> “Cabildo” en español en la edición de 1820.

representante del monarca y que las autoridades existentes conservasen el mismo poder que antes tenían, pero que se estableciese una junta de gobierno compuesta por la Real Audiencia, el arzobispo, la municipalidad y diputados de los varios cuerpos seculares y eclesiásticos, la nobleza, los vecinos principales y los militares.

En la formación de tal junta era obvio que los criollos se mezclarían con los europeos; pero éstos, temerosos de la ascendencia que los primeros pudieran obtener mediante un gobierno popular, se opusieron a esta propuesta tan leal y sensata y en secreto decidieron audazmente remover al virrey. Llevaron a cabo de inmediato esta resolución y, armándose en secreto, arrestaron al confiado Iturrigaray y a su familia la noche del 15 de septiembre de 1808 y los enviaron presos a la península.

Esta acción provocó la indignación general de los americanos de todas las clases, quienes tenían al virrey en la más alta estima. Su administración se había caracterizado por haber tomado un rumbo muy diferente de la de cualquiera de sus predecesores. No sólo había sido justo y benigno en sus decisiones sino incansable en las medidas que adoptó para el mejoramiento interno del reino. De hecho, fue su popularidad entre los americanos lo que excitó los celos de los españoles peninsulares.

Estas circunstancias, así como la matanza que siguió de varios americanos distinguidos y el arresto y destierro de otros que habían apoyado los planes del virrey, enfurecieron muchísimo a los mexicanos. En este estado de fermentación llegó Venegas,<sup>16</sup> sucesor de Iturrigaray, quien traía consigo desde España los premios, distinciones y nombramientos concedidos a aquellos europeos que habían sido instrumentos conspicuos en la deposición del virrey anterior.

La conducta de Venegas durante su carrera en la península no había sido como para inspirar confianza al pueblo que se le envió a gobernar. Había entregado al enemigo uno o dos ejércitos, y actuado de manera tal que parecía calculada para hacerlo aparecer como un personaje odioso a los ojos de los americanos.

Estos sucesos, aunados al recuerdo de sus antiguos agravios, obraron poderosamente en las mentes de los mexicanos y explotó, por fin, el rencor que durante tanto tiempo contuvieron en sus pechos. Incapaces de soportar tan flagrante injusticia, al encontrar que cada día añadía un nuevo peso a su opresión y no ver más esperanzas de obtener justicia que por su propio esfuerzo, concibieron un plan para arrojar a los tiranos de sus sedes de poder.

<sup>16</sup> “Venegas” en la edición de 1820. Francisco Xavier Venegas fue virrey de la Nueva España de septiembre de 1810 a marzo de 1813.

En esta conspiración se hallaron comprometidos muchos de los hombres más distinguidos del reino, principalmente eclesiásticos y abogados. Se llevó a cabo con el mayor secreto y se extendió a casi todas las ciudades del reino. Se intentaba efectuar una sublevación simultánea en todas las provincias, y la conjura casi había alcanzado la madurez cuando fue detenida por uno de aquellos accidentes que con frecuencia previenen la realización de los grandes proyectos. De no haber ocurrido así, es muy probable que Venegas hubiese sido el último virrey en el trono de México.

Uno de los conspiradores, al confesarse en su lecho de muerte, reveló no sólo los planes sino los nombres de muchos de sus principales cómplices. Venegas se alarmó ante la magnitud del plan, pero confiaba en que podría detenerlo con aprehender a los principales conjurados, y tomó las medidas más rápidas y enérgicas para arrestar a quienes habían sido denunciados. En la provincia de Guanajuato<sup>17</sup> era cabeza de la conspiración el doctor Hidalgo,<sup>18</sup> cura párroco de Dolores, y en este pueblo, así como en el vecino de San Miguel el Grande, residían muchos de los conspiradores.

Venegas despachó órdenes para el arresto de Hidalgo y su partido; pero como muchos de los coaligados gozaban de la confianza del virrey y supieron de las medidas que adoptó, enviaron de inmediato correos para informar al cura de lo sucedido. La noticia la recibió el capitán don Ignacio Allende, quien mandaba un pequeño cuerpo de tropas reales en San Miguel. Voló a ver a Hidalgo, en Dolores, con la información. De inmediato estuvieron de acuerdo en que la fuga no serviría de nada. Sabían que si eran arrestados la muerte sería inevitable; por lo tanto, resolvieron hacer un esfuerzo desesperado para salvarse junto con su partido. Allende había llevado consigo a sus hombres y, como el partido proscrito estaba preparado para actuar, se tocó a rebato en la noche del 10 de septiembre de 1810,<sup>19</sup> y así comenzaron las guerras civiles de México, que intentaremos resumir en el bosquejo siguiente.

El *pueblo*<sup>20</sup> de Dolores se componía casi en su totalidad de indios que adoraban a su párroco Hidalgo, a quien siguieron de inmediato. Este se dirigió entonces a San Miguel, donde sus filas aumentaron considerablemente. De ahí marchó a la ciudad de Celaya,<sup>21</sup> donde se le

<sup>17</sup> “Guanaxuato” en la edición de 1820.

<sup>18</sup> Como señala Carlos María de Bustamante al referirse a las *Memorias* de Robinson, Miguel Hidalgo nunca obtuvo el grado de doctor (C. M. de Bustamante, *Cuadro histórico*, t. IV, p. 307).

<sup>19</sup> Como de igual manera señala Bustamante en relación con la obra de Robinson, esto ocurrió la madrugada del 16 de septiembre de 1810, no en la noche del 10 (C. M. de Bustamante, *Cuadro histórico*, t. IV, p. 307-308).

<sup>20</sup> “pueblo” en español en la edición de 1820.

<sup>21</sup> “Zelaya” en la edición de 1820.

unieron inmensas muchedumbres de indios armados con palos, hondas y armas arrojadas.

Como el asunto había ido con bien hasta entonces, a continuación se propuso se nombrara un comandante. Debido a que Allende era el único militar, fue el elegido; mas, como la popularidad de Hidalgo se consideraba en tan críticos momentos de importancia infinitamente mayor para la causa que los meros conocimientos militares, se le escogió como comandante en jefe con el rango de capitán general.

Hidalgo era un individuo de carácter irreprochable y muy querido no sólo en su curato sino en las provincias comarcanas. Se le tenía por un hombre perspicaz y pasaba por bien informado; es decir, que había adquirido los conocimientos que un criollo bien educado generalmente posee. Su lectura se limitaba a las obras que los celos de los españoles peninsulares y el escrutinio de la Inquisición permitían circular; claro está que no puede suponerse que de tales fuentes haya obtenido un gran conocimiento del mundo. Era franco y generoso y sabía poco de astucias, intrigas y bajezas, características de sus enemigos.

Como los nombres y planes de los conspiradores habían sido revelados y sus proyectos, por ende, cortados de raíz, Hidalgo consideró que era necesario realizar esfuerzos desesperados y recurrir a todos los medios posibles para excitar el valor y las pasiones de los indios.<sup>a</sup> Con esta mira, desafortunada y precipitadamente autorizó el grito de: “¡Mue-  
ran los gachupines!”<sup>b</sup> En ningún acto de su vida, previa a la revolución,

<sup>a</sup> Del uso de este término *indio* no debe inferirse que el pueblo al que se le aplica es semejante a los salvajes de la América del Norte. Es verdad que son descendientes de los aborígenes; pero, salvo pocas excepciones, constituyen un pueblo civilizado. Son sociales y están acostumbrados a las labores de la vida civilizada. En muchos lugares preservan las costumbres de sus ancestros, y en particular aprecian su lengua nativa, pues aunque por lo general entienden y hablan el español correctamente, en el trato de unos con otros utilizan su lengua nativa. A pesar de que todos profesan el cristianismo, los sacerdotes españoles con frecuencia los descubren haciendo sacrificios en privado, según su antiguo sistema de idolatría. El indio mexicano, aunque apacible y obediente con su amo, lleva el recuerdo de los agravios que los españoles inflingieron a sus antepasados y en secreto suspira por el día de la venganza. Todo lo que el gobierno y los escritores españoles han dicho acerca de su lealtad y fidelidad es mera ficción. Durante la presente revolución, invariablemente han manifestado su mala voluntad hacia los españoles. Incluso en los pueblos y aldeas donde no había acuarteladas tropas realistas, un criollo insurgente, al huir de sus enemigos, siempre ha encontrado un asilo inviolable entre los indios, mientras que si un realista se refugiaba en un pueblo indio que estuviese dentro de la jurisdicción de los insurgentes jamás escapaba. Los descendientes de los caciques indios tienen un alto grado de orgullo familiar, y consideran que al emparentar con un español europeo se contamina su sangre.

<sup>b</sup> Este término *gachupín* ha sido interpretado de diversas maneras, pero es universalmente usado por los criollos y los indios como una palabra despectiva. Los españoles dicen que significa “un hombre con dos cabezas”, dando así una idea de entendimiento superior, y que tuvo su origen durante la invasión de Cortés, al ser muerto uno de su caballería. Los indios, que hasta entonces no habían visto un caballo, supusieron que el animal y

Hidalgo muestra que haya sido un hombre sanguinario, y por ello su sanción al grito de “¡Muerte a los gachupines y a su raza!” debe atribuirse a la razón que ya mencionamos y no a una deliberada intención de sacrificarlos de manera indiscriminada. Pero, aunque ofrecemos esta disculpa, su error es profundamente deplorable, no sólo por razones de humanidad sino porque *el fracaso de los revolucionarios puede achársele en gran medida a este acto impolítico.*

Si Hidalgo hubiera reflexionado en que la mayor parte de los conspiradores eran criollos que se distinguían por su riqueza y por el elevado puesto que tenían en la sociedad y que, en consecuencia, se alarmarían ante una conmoción que amenazaba sus vidas y propiedades, hubiera seguido un curso muy diferente y hubiera tenido a su favor a casi todos los criollos del país. Mas, al hallarse desesperado, como ya se dijo, por considerar a sus colegas destruidos y descubiertos sus planes, usó a los indios como último recurso y, al incitarlos a la destrucción de todos los gachupines, cometió un terrible e irremediable error.

Los primeros pasos de los indios se distinguieron por excesos espantosos. Por todos los lugares por donde pasaron dieron muerte a los españoles europeos que cayeron en sus manos, así como a muchos criollos. Una gran parte de la población criolla, que ansiaba tanto como Hidalgo y su partido la emancipación del país, empezó entonces a preocuparse por su seguridad personal y buscó la protección de sus antiguos opresores. A pesar de ello, las fuerzas de Hidalgo continuaron aumentando rápidamente, y durante su estancia en Celaya los indios de todos los barrios corrieron a ponerse bajo su bandera. Numerosos sacerdotes criollos y algunos soldados realistas se le unieron también. Cuando salió de Celaya, su ejército contaba con casi veinte mil hombres; pero era una masa heterogénea, sin disciplina y sin armas de fuego. Con esta fuerza marchó sobre Guanajuato, capital de la intendencia de este nombre y la ciudad que seguía a la metrópoli de la Nueva España en cuanto a riquezas, pues las más ricas minas de oro y plata de toda la América española se hallan en sus cercanías.

A la llegada del ejército patriota, el intendente de la provincia, todos los españoles, algunos criollos y las pocas tropas que se encontraban en la ciudad se encerraron en el castillo<sup>22</sup> y allí decidieron presentar una defensa obstinada. Hidalgo los intimó a rendirse y les ofreció condiciones humanitarias, pero éstas fueron rechazadas temerariamente.

su jinete eran uno solo. Cuando vieron caer a ambos, corrieron y examinaron el fenómeno, y al encontrar que el hombre era distinto del caballo, expresaron su sorpresa exclamando “Gatzopin”. No obstante, los indios niegan la versión de los españoles y dicen que la palabra significa “ladrón”. Sea lo que sea, es del todo seguro que la palabra se usa ahora como expresión de desprecio y oprobio.

<sup>22</sup> Se refiere, obviamente, a la alhóndiga de Granaditas.

La plaza fue atacada y tomada. Los desgraciados españoles y todos los que se les adhirieron fueron sacrificados por los indios enfurecidos. En vano intervino Hidalgo para evitar la matanza. Se dio cuenta, cuando ya era demasiado tarde, de que la venganza era el sentimiento predominante entre los indios y que nada les satisfaría sino el exterminio de los gachupines. Los tesoros que cayeron en manos de los vencedores podrán parecer increíbles al lector si no tuviese en cuenta que nos referimos a una ciudad que se encuentra rodeada por las minas más ricas del mundo conocido. El saqueo de la ciudad continuó por tres días y los saqueadores se vieron cargados de doblones, pesos y lingotes de oro y plata. En algunas casas particulares y en los edificios públicos se encontraron metales preciosos apilados en grandes montones. Los indios se ocuparon durante varios días en acarrear estos tesoros, y se cree que cada hombre se llevó, por lo menos, quinientos pesos y la mayor parte de los saqueadores varios miles. Después los indios ofrecieron en venta sus doblones a cuatro reales cada uno, pues pensaron que eran tan sólo medallas doradas.<sup>c</sup>

Hidalgo tuvo entonces un tesoro tan desbordante que pagaba a cada uno de sus soldados un peso diario; en cuanto a los oficiales, les permitió tomar la cantidad que quisiesen.

Del relato anterior puede inferirse que Hidalgo fue culpable en alto grado por permitir que se perpetrasen estos actos de rapiña y asesinato. Ya hemos dicho que en su carácter personal no tenía defectos, pero en la novedosa situación en que se hallaba no es de extrañar que permitiese a los indios gozar de los primeros frutos de sus esfuerzos. Consideró buena política dejar que tuvieran pruebas palpables de las ventajas de la revolución; en cuanto a los asesinatos de españoles, le fue imposible prevenirlos. No obstante, es un hecho que en la actualidad viven en México numerosos españoles europeos y criollos que fueron protegidos y salvados de la muerte por la humanidad de Hidalgo y quienes, en muchos casos, recompensaron su clemencia en forma de lo más ingrata. A poco demostraron ser los enemigos más crueles e implacables de los patriotas que cayeron en sus manos, en particular de los indios insurgentes. Éstos fueron asesinados de la manera más proterva por los mismos prisioneros cuyas vidas Hidalgo había salvado con anterioridad.

Después de la toma de Guanajuato, este jefe halló que sus fuerzas aumentaban con tanta rapidez que se determinó a avanzar sobre la ciudad

<sup>c</sup> Las personas de todas las clases llevan medallas al cuello con la imagen de algún santo favorito, pero por lo general llevan la de la Virgen de Guadalupe. Algunas son de plata, otras simplemente doradas, y como en forma y apariencia estas últimas se parecen a un doblón, los pobres indios no conocieron la diferencia. Nada puede ilustrar con más fuerza la desgraciada ignorancia y la pobreza de la gran masa indígena que esta anécdota. Un real, en moneda mexicana, es la octava parte de un peso.

de México. Procedió por la ruta de Valladolid, recogiendo a cada hora más y más indios, así como algunos cuantos desertores realistas.

Para entonces la rebelión se había extendido con eléctrica rapidez por una gran parte del reino. Incluso en la ciudad de México, en Puebla de los Ángeles y en otros lugares, las autoridades coloniales temieron por su seguridad. Fue un momento crítico para los españoles, pues su gobierno estaba a punto de ser derrocado y sacrificadas sus personas. Las fuerzas del gobierno se componían en su totalidad de criollos y si algún oficial distinguido, ya fuera en la ciudad de México ya en Puebla, se hubiese declarado a favor de Hidalgo, la revolución habría triunfado.

Los criollos vieron con alarma que su suerte dependía de un cuerpo de indios ignorantes y enfurecidos, y se vieron compelidos a solidarizarse con las autoridades existentes como el único medio de preservar su seguridad personal. Muy diferentes hubieran sido sus sentimientos y su conducta si la revolución hubiera estallado, como se había *planeado en un principio, entre los criollos ricos y destacados de las principales ciudades*. Pero como el plan se frustró prematuramente y la rebelión empezó entre los indios, de quienes los blancos de todas las clases tenían que temer tanto como los españoles, y como la carrera de Hidalgo y su partido se distinguió por excesos espantosos, adherirse al virrey se volvió la política, de hecho, el imperioso interés de los criollos. A pesar de esto, había diarias deserciones de realistas y las fuerzas de Hidalgo asumieron un aspecto formidable. Éste había caminado ya ochenta leguas sin encontrar oposición y se acercaba a las puertas de la ciudad de México con ciento diez mil hombres, cuando menos. Es verdad que no había más que *mil fusiles* para esta vasta multitud, pero todos los que la formaban se hallaban animados de un gran entusiasmo y llenos de ardor. De haber estado bien dirigidos o sujetos a alguna clase de orden, aun con sus palos y sus hondas hubieran podido causar grandes estragos entre sus oponentes.

El virrey Venegas se preparó para resistir esta tormenta con gran firmeza, y había tomado con anterioridad prontas y vigorosas medidas para confundir a Hidalgo y a su partido. Emitió proclamas que respiraban muerte y exterminio para los rebeldes. Decretó que todas las personas que fueran tomadas con las armas en la mano serían fusiladas, cualquiera que fuese su número y pertenecieran o no al clero, y concedía tan sólo quince minutos a cada reo para prepararse para la eternidad. Al mismo tiempo ofrecía el perdón de Su Majestad a todo aquel que regresase a su obediencia. También la Iglesia lanzó con mano pródiga sus rayos. El arzobispo de México, inflamado de santo celo, declaró que todos los insurgentes eran *herejes*, los excomulgó en masa con todo el

rigor y la ceremonia de los anatemas papales, y pintó con vivos colores la enormidad de su crimen al haber tomado las armas contra un monarca cuya cabeza había sido ungida con el óleo santo. Ordenó a todo el clero español y a sus fieles criollos que manifestaran desde el púlpito e hicieran circular reportes de que el gran objetivo de los revolucionarios era subvertir y destruir la santa religión católica, y encargó a los clérigos menores que sembrasen la discordia y el desasosiego en las familias por medio del confesionario. En suma, el arzobispo no ahorró esfuerzos para alarmar a los crédulos y agitar las mentes de los mexicanos, y no hay duda que sus fulminaciones fueron una poderosa influencia para paralizar las operaciones de los revolucionarios.

Al acercarse Hidalgo a la ciudad de México, el virrey hizo gala de gran actividad y presencia de ánimo. Puso barricadas en las calles y adoptó todos los medios de defensa que la situación de la ciudad permitía. Todas las armas que pudieron conseguirse se distribuyeron entre los vecinos de la capital y a éstos les hizo ver las terribles consecuencias que se seguirían en caso de que permitiesen a Hidalgo y a sus seguidores la entrada a la ciudad.

Desde la capital se envió un destacamento de tropas bajo el mando de Trujillo<sup>23</sup> para detener el avance de Hidalgo. Aquél se situó en un estrecho desfiladero de las montañas, en un lugar llamado Las Cruces, como a ocho leguas de la capital, donde aguardó a los insurgentes. Allí tuvo lugar un combate, pero la arrolladora fuerza de Hidalgo obligó a Trujillo a abandonar su posición y retirarse a la ciudad, a donde llegó después de perder su artillería y numerosas tropas. Este desastre desanimó a los realistas; mas el virrey perseveró en su empeño de poner a la capital en estado de defensa, y con su presencia logró animar a la población.

Por el parte que dio Trujillo sobre la acción habida en Las Cruces un extraño podría suponer que defendió el desfiladero con la tenacidad de un Leónidas, pero parece que hubo ciertos rasgos de la conducta del héroe espartano que Trujillo y otros oficiales españoles no consideraron necesario imitar. En su oficio, aquél hace gala de que eran tales sus sentimientos de lealtad y de indignación, que *disparó sobre los portadores de una bandera blanca que Hidalgo le había enviado*.

Después de la acción de Las Cruces, este jefe avanzó hasta la hacienda de *Cuajimalpa*,<sup>24</sup> a sólo cinco leguas de distancia de la ciudad de México. Hidalgo y su ejército se hallaron entonces a plena vista de la capital de aquel reino, cuyo gobierno estaban resueltos a derrocar. Un hombre atrevido y emprendedor hubiera decidido la suerte del imperio

<sup>23</sup> "Truxillo" en la edición de 1820. Se trata del teniente coronel Torcuato Trujillo.

<sup>24</sup> "Quaximalpa" en la edición de 1820.

en menos de veinticuatro horas. Hubiera calculado que a pesar de que sus fuerzas no tenían disciplina eran, sin embargo, valientes y entusiastas, y tal su superioridad numérica respecto al enemigo que un sacrificio relativamente pequeño de vidas hubiera asegurado el éxito de su intento.

Por desgracia, Hidalgo no poseía ninguno de los requisitos de carácter indispensables para ese crítico momento. Se detuvo en el instante mismo en que la actividad y la energía debieron caracterizar todas sus acciones, y en lugar de avanzar directamente al asalto envió al virrey una intimación para que rindiese la capital. No se dio respuesta a esta demanda, y por medio de emisarios Venegas logró hacer que Hidalgo tuviese la impresión de que los preparativos para su defensa habían vuelto casi inexpugnable la ciudad para una multitud desordenada y sin armas de fuego. Sin embargo, Hidalgo debió haber considerado que dentro de la capital había cerca de treinta mil personas de la misma clase que su ejército, en cuyo desafecto a los realistas podía confiar, y que la fuerza armada de éstos no excedía en su totalidad de los diez mil hombres, cuerpo por ningún motivo suficiente para poder vigilar el extenso perímetro de aquella vasta ciudad. Si la hubiera atacado por diferentes puntos con divisiones de veinte o treinta mil hombres, hubiera tenido, al menos, una oportunidad de triunfar, mientras que perder la ocasión que entonces se le presentaba de dar un golpe decisivo animaría al enemigo y lo habilitaría para fortalecer su defensa y aun para actuar a la ofensiva. Ninguna de estas reflexiones parece habersele ocurrido a Hidalgo. Al contrario; se vio presa del pánico y, resuelto a abandonar el proyecto de atacar a la ciudad, comenzó la retirada después de permanecer dos o tres días a la vista de México.

El virrey había enviado con anterioridad a don *Félix María Calleja* para concentrar las fuerzas realistas, y este jefe se hallaba entonces en marcha para auxiliar a la ciudad con un ejército criollo bien organizado de diez mil hombres y con un tren de artillería, al mismo tiempo que Hidalgo se retiraba de su posición frente a México. Venegas, libre de su preocupación por la capital, ordenó a Calleja que atacase a Hidalgo.

Los dos ejércitos se encontraron en Aculco, donde se libró una sangrienta y tenaz batalla. Los indios dieron pruebas de un grado de valor totalmente inesperado por los realistas. Con sus garrotes, se lanzaron sobre las bayonetas de las columnas enemigas y cayeron a montones. Desconocían tan completamente los efectos de la artillería, que en el apogeo de su entusiasmo corrían sin ningún temor hacia los cañones y con sus *sombreros de petate*<sup>25</sup> trataban de taparles las bocas. Siguió una

<sup>25</sup> “*Sombreros de petate*” en español en la edición de 1820.

escena que desafía toda descripción. Sin orden y sin mando alguno, cada quien actuó por sí solo, y la confusión se extendió en todas direcciones por el ejército de Hidalgo. A la larga, prevaleció la disciplina de las tropas realistas, las que se aprovecharon del desorden de los indios y los pusieron en fuga; se inició entonces una carnicería que sólo cesó cuando los españoles quedaron exhaustos de dar muerte. En sus partes militares, Calleja se envanece de que los insurgentes perdieron diez mil hombres, de los que cinco mil fueron deliberadamente pasados a cuchillo.

Después de esta desastrosa batalla, Hidalgo se retiró a Guanajuato, de donde regresó a *Guadalajara*,<sup>26</sup> y dejó en aquella ciudad su retaguardia bajo el mando de Allende.

Calleja, engreído con la victoria que recientemente había obtenido, resolvió continuarla y así avanzó sobre Guanajuato. Allende le presentó combate en la hacienda de *Marfil*, a cosa de una legua de la ciudad. En esta acción los patriotas no se encontraban en situación de habérselas con Calleja, mas se defendieron con gran obstinación. Al fin fueron derrotados y Allende, con los restos de sus tropas, se retiró para reunirse con Hidalgo.

Entonces Calleja entró a la ciudad de Guanajuato como vencedor y en ella exhibió sin restricciones su disposición cruel y vengativa. Furioso por la retirada tan a tiempo de Hidalgo y por la conducta que los habitantes de la ciudad habían adoptado en favor de la rebelión, determinó hacer un escarmiento tan terrible que aterrorizase a todas las provincias rebeldes.

El sacrificio de los prisioneros tomados en la batalla de Marfil no bastó para aplacar su espíritu vengativo, y sació su venganza en el indefenso populacho de Guanajuato. Hombres, mujeres y niños fueron llevados por órdenes suyas a la gran plaza, y varios miles (se dice que catorce) de estos infelices fueron ultimados de la manera más bárbara. Fueron degollados. La fuente principal de la ciudad literalmente se desbordó con su sangre y, lejos de ocultar estos actos de salvajismo, Calleja se regocija en sus partes de tener el honor de comunicar al virrey la noticia de haber purgado la ciudad de su rebelde población. La única disculpa que ofreció por cometer este género de sacrificios fue que hubiera gastado mucha pólvora y demasiadas balas en fusilarlos y que, por un principio de economía, se les degolló.

Las trágicas escenas de Guanajuato fueron el inicio de un sistema de crueldad que Calleja y sus contemporáneos impusieron sobre todas las ciudades, pueblos y villas por donde pasaron. Su nombre, unido a

<sup>26</sup> “*Guadalaxara*” en la edición de 1820.

los de Cruz, Concha, Iturbide, Castañón, Negrete y Liñán,<sup>27</sup> se transmitirá a las edades futuras con las amargas execraciones de los mexicanos.

Este monstruo pronto recibió pruebas de la gran satisfacción que su conducta causó a la Regencia de Cádiz: se le nombró para suceder a Venegas en el mando del virreinato.

No bien había ocupado el sitial supremo del Estado cuando el terror se esparció por todo el imperio. Muerte, fuego y devastación fueron dispensados con mano inmisericorde, y ni la edad ni el sexo ni la condición pudieron frenar la furia de este bárbaro. Parece que estas cualidades su-yas encontraron entusiastas admiradores en la vieja España, donde se le elevó a encumbrados honores. Fue hecho *conde de Calderón* y nombrado después para comandar la expedición que se preparó en Cádiz para sub-yugar a la América del Sur. Por fortuna, esta expedición se frustró, y fue gran suerte para los americanos el que Calleja no mancillase otra vez el suelo de su país, pues si hubiera desembarcado en él sus manos se habrían teñido nuevamente de sangre y sus oídos se habrían deleitado una vez más con profundas maldiciones. Pero sigamos con la historia.

El ejército de Hidalgo, a pesar de haber sufrido una pérdida de cuando menos treinta mil hombres entre muertos, prisioneros y desertores, contaba todavía con cerca de ochenta mil combatientes, y como se habían emprendido algunos esfuerzos para reducirlos al orden tenía muchas más probabilidades de ofrecer resistencia que antes.

Se llevaron a Guadalajara los pesados cañones de la fundición de San Blas y se trazaron líneas de defensa que tenían ya, al menos, el aspecto de fortificaciones. Hidalgo se sentía más confiado y esperaba poder resistir con firmeza en Guadalajara. Trató de levantar los ánimos de su ejército por medio de vigorosas y sesudas arengas, y rogó encarecida-mente a los indios no cometiesen los mismo errores en que se había incurrido en los combates anteriores. Así preparado, esperó la llegada de Calleja, quien pronto se presentó frente a la ciudad. La batalla se dio en el paso del *Puente de Calderón*. Al principio de la acción los patriotas arr-saron con todo; entraron con precipitación en las columnas realistas y las rompieron. Mas, al surgir la confusión entre los indios, un regimiento que Calleja había dejado en reserva cargó arrojadamente en su contra, a lo que siguió una desbandada general. Los indios, que escapaban en to-das direcciones, fueron perseguidos y recibieron la muerte a millares.

<sup>27</sup> Estos seis oficiales realistas se destacaron por su dureza con los insurgentes: José de la Cruz, gobernador y comandante general de la Nueva Galicia; Manuel de la Concha, quien comandaba la fuerza que tomó prisionero a José María Morelos; Agustín de Iturbide (*"Iturvidi"* en la edición de 1820), quien en 1820 proclamó el Plan de Iguala y logró consumir la independencia; Felipe Castañón, quien murió en combate contra Xavier Mina; Pedro Celestino Negrete (*"Negrette"* en la edición de 1820), y Pascual Liñán, quien en 1817 tenía a su cargo el gobierno de la provincia de Guanajuato.

Se renovaron los actos más aterradores de crueldad, cuyos detalles no damos aquí para que no desfallezca el corazón del lector ante este cuadro de sangrientos horrores. Baste con decir que todo prisionero que cayó en manos del implacable Calleja fue asesinado, y la tragedia ocurrida en Guanajuato se repitió en Guadalajara con todas aquellas personas sobre las que recayó la más leve sospecha de haber apoyado la causa de Hidalgo.

Los españoles, animados por estos triunfos, dieron órdenes de que se exterminase a los habitantes de todos los pueblos y villas que manifestasen síntomas de adhesión a los rebeldes, y desde el púlpito se lanzaron nuevas fulminaciones contra los que se oponían a la autoridad real. Las historias más ridículas circularon entre los crédulos y supersticiosos nativos. El clero publicó opúsculos en los que se afirmaba que las recientes victorias se debían a la intervención especial de la Divinidad, quien durante las últimas batallas había mostrado *cruces y palmas* en las nubes en señal de su protección a la causa realista. Estas historias no dejaron de surtir efecto, sobre todo en aquellos de los rebeldes que se habían desanimado ya por las incomodidades.

Hidalgo escapó con algunos de sus jefes principales y tomó el camino de las Provincias Internas.<sup>d</sup> Se dice que por esta ruta pretendía alcanzar los Estados Unidos. Llegó a un lugar llamado *Acatita de Baján*,<sup>28</sup> cerca del Saltillo, donde él y sus principales jefes fueron entregados traidoramente a los realistas por un oficial llamado Bustamante, el 25 de marzo.<sup>29</sup> Hidalgo había depositado una enorme confianza en este individuo, que había pertenecido con anterioridad a su partido. Hidalgo fue conducido a Chihuahua, en la intendencia de Durango, donde fue fusilado el 27 de julio de 1811.<sup>30</sup>

<sup>d</sup> Las Provincias Internas forman tres divisiones. 1a. Las del virreinato: la provincia de San Luis Potosí, la colonia del Nuevo Santander y el Nuevo Reino de León. 2a. Las Provincias Internas de Oriente: Coahuila y Texas. 3a. De Occidente: Durango, Sonora, Nuevo México y las Californias.

Las Provincias de Oriente y Occidente son comandadas por un comandante general.

El comandante general de las Provincias de Oriente tiene el mando militar en las del Nuevo Santander, Nuevo Reino de León, Coahuila y Texas; pero tan sólo las finanzas de estas dos últimas pasan por sus manos. Las de las otras dos y las de San Luis son remitidas directamente a la Hacienda de México, por el intendente de la intendencia de San Luis Potosí. El cuartel general del comandante general de las Provincias de Oriente se encuentra en Monterrey.

El comandante general de las Provincias de Occidente comanda, en todos sentidos, Durango, Sonora, Nuevo México y las Californias; su cuartel general se halla en Chihuahua.

<sup>28</sup> "*Acatita de Baján*" en la edición de 1820.

<sup>29</sup> Quien tomó preso a Hidalgo y demás jefes insurgentes fue Ignacio Elizondo, lo que ocurrió el 21 de marzo de 1811.

<sup>30</sup> Miguel Hidalgo fue fusilado el 30 de julio de 1811.

Por los informes publicados en la *Gazeta de México*, parece ser que pocas horas antes de morir hizo una solemne retractación de sus errores, y existe un largo memorial, del que se dice que fue escrito por él, en el que hace patente a sus compatriotas la enormidad del crimen cometido al alzarse en armas contra su legítimo soberano, y los insta a regresar a sus deberes, etcétera. Los amigos de Hidalgo dicen que es una falsificación de los realistas y que murió suplicándole al cielo favoreciese las luchas de su país por la independencia. Mas, sea lo que sea, ahora es bien sabido que tales artes han sido empleadas con frecuencia por los realistas desde la muerte de Hidalgo, porque casi nunca se ha ejecutado a algún jefe patriota de importancia cuyo arrepentimiento y abjuración formal de la causa que había sostenido no hayan sido publicados en la *Gazeta de México*.

Allende, quien fue aprehendido junto con Hidalgo, sufrió la muerte el 20 de junio de 1811, y todos los demás oficiales fueron también ejecutados por esos días.<sup>31</sup>

<sup>31</sup> Ignacio Allende fue fusilado el 26 de junio de 1811.

